

HIJA DEL ALMA



HIJA DEL ALMA

PERSONAJES: D. PABLO, CRUZ, VICENTA

En un pueblo de la costa cantábrica.—En la sala de una quinta á orillas del mar. Es de noche y en invierno; óyese cerca el mar embravecido.

VICENTA

¡Jesús! ¡Señor! Está usted aquí á oscuras. ¿Porqué no ha pedido usted luz?

D. PABLO

¿Para qué?

VICENTA

¡Ay, qué señor! Usted perdone, pero no puedo menos de decirle mi sentimiento. Usted no está bueno, señor; usted se está

matando con tanto cavilar y darle vueltas á lo mismo, y si no hace usted por distraerse y por olvidar... ¿porqué se ha quedado usted aquí, señor? Si esto en cuanto pasa el verano no es otra cosa que lo que usted ve; el cielo cerrado, lloviendo á mares y sin un alma viviente el pueblo; los pobres pescadores, que harto trabajo tienen con los que Dios les manda en este tiempo... Vaya, señor, créame usted á mí; vuélvase usted á Madrid, con la señorita, que no vive ni sosiega desde que la dejó usted allá, sola... ¡Pobre señorita! ¿No comprende usted que para ella tiene que ser muy triste saber que está usted aquí tan solo?... Dios le ha mandado á usted mucho; se llevó á la señora, que esté en gloria, y usted se quedó loco de pena, pero le dejó á usted una hija para consolarle y para que vele usted por ella; porque si usted le falta... ¿qué sería de su pobre hija, sin padre y sin madre?... ¡Vuelva á Madrid, señor!...

D. PABLO

¿A Madrid? ¡No, aquí estoy bien... aquí, solo!...

VICENTA

¿Solo? Vaya, señor, que eso no es posible, que nadie que le quiera á usted bien puede consentirlo. Sépalo usted, la señorita me ha escrito dos ó tres veces desde que se marchó; me pregunta por usted, es natural, dice que usted no le contesta á sus cartas, que si no vuelve usted á Madrid vendrá ella á buscarle á usted, á llevarsele ó á morirse de pena aquí; pero los dos juntos, como debe ser, señor, y es lo que yo digo.

D. PABLO

¡Venir ella!... No, no; quiero estar solo... Trae la luz á mi cuarto... (*Sale*).

VICENTA

¡Válgame Dios, hasta el terrazo llegan las olas!... (*Sale*.)

CRUZ

(Entra Cruz, á poco vuelve Vicenta.)

¡Vicenta!...

VICENTA

¡Jesús, la señorita! ¡Señorita Cruz!... ¡Hija de mi vida!...

CRUZ

¿Y mi padre? ¿Está bueno? ¿Cómo está? Dime.

VICENTA

¡Válgame Dios! ¿Cómo ha venido usted? ¡Pobre hija!... Si es lo que yo decía, que usted no podía estar tranquila en Madrid; ha hecho usted bien en venir... Pero, ¿con quién ha venido usted? No se habrá usted puesto sola en camino... Vendrá usted arrecida con este tiempo... ¡Pobre hija! Querrá usted tomar algo; voy á encender lumbre.

CRUZ

Y mi padre, dime, ¿está acostado? ¿Está enfermo?

VICENTA

¿Enfermo? No, señorita. ¿Usted cree que si yo le hubiera visto enfermo no hubiera avisado? Triste, muy triste es lo que está, que parte el corazón verle... ¡Siempre solo, solo; que los días se le pasan sin salir de su cuarto, sin hablar con nadie!... Ahora lo que debe usted hacer es llevarse á Madrid en seguida, porque aquí... ya ve usted, todo es tristeza y todo son recuerdos... ¡Los veranos que han pasado ustedes aquí tan contentos!... ¡El sin fin de gente que aquí venía!... ¡Cómo ha de ser!... ¡Esta es la vida!... ¡Dios dará fuerzas para todo!...

CRUZ

¿Se ha recogido ya mi padre?

VICENTA

Todavía no; se encerró en su cuarto y allí se está leyendo; es decir, con un libro delante, que leer... nunca que entro veo que

mire al libro; con los ojos fijos se está como si mirara algo en el aire.

CRUZ

¡Ay, Vicenta! Quiero verle y me da miedo... ¿Lo ves? Estoy temblando; no es de frío, no, es de miedo.

VICENTA

Es que está esto medroso con esta luz... Voy por una lámpara y encenderé la chimenea.

CRUZ

Sí; pero antes atiende á Doña Teresa.

VICENTA

¿Ha venido con usted? ¿Las dos solas?

CRUZ

Sí; abajo está, dormirá en mi cuarto. La pobre señora viene muy cansada. Arregla la

habitación y pregúntale si quiere tomar algo antes de acostarse.

VICENTA

En seguida... Pero... ¿No quiere usted que avise al señor, que le prepare?

CRUZ

No sé si tendré valor para verle esta noche.

VICENTA

¡Vaya, señorita! Si no se hace usted superior... Su papá de usted lo que necesita es olvidar, distraerse, volver á Madrid. Mire usted, yo no digo que no se muriera uno de pena si uno se dejara morir, pero para eso está la conformidad y el decirse uno: pues, señor, si todos tenemos que pasar por lo mismo, más tarde ó más temprano, ¿qué adelanta uno con morirse hoy si sabe que mañana ha de ser lo mismo? ¿No es verdad? Es lo que yo digo...

CRUZ

¡Calla!... ¿Han abierto una puerta? ¿Quién hay en la casa?

VICENTA

Es el señor... Viene... Nos habrá oído hablar. Voy á prepararle.

CRUZ

No, no; haz lo que te dije. Déjanos solos.

VICENTA

¡Por Dios, señorita, no le angustie usted más! Dele usted valor.

CRUZ

¡Valor!... De su corazón lo espero todo... ¡Pero si su corazón me falta!... *(Sale Vicenta.)*

D. PABLO

(Entra D. Pablo.) ¡Vicenta!... ¡Vicenta!... ¿Quién habla? ¿Quién está ahí?

CRUZ

¡Madre mía!...

D. PABLO

¡Ah!... ¡Cruz!...

CRUZ

¡Padre!...

D. PABLO

¡Déjame!... ¿Porqué has venido? ¡Qué terquedad!... Dije que quiero estar solo, solo. No quiero ver á nadie, á nadie.

CRUZ

¡Dios mío!... ¿Porqué me tratas así? Mírame siquiera.

D. PABLO

Si tú no sabes lo que es para mí el mirarte.

CRUZ

Pues, óyeme... Ten lástima de mí; yo no tengo la culpa.